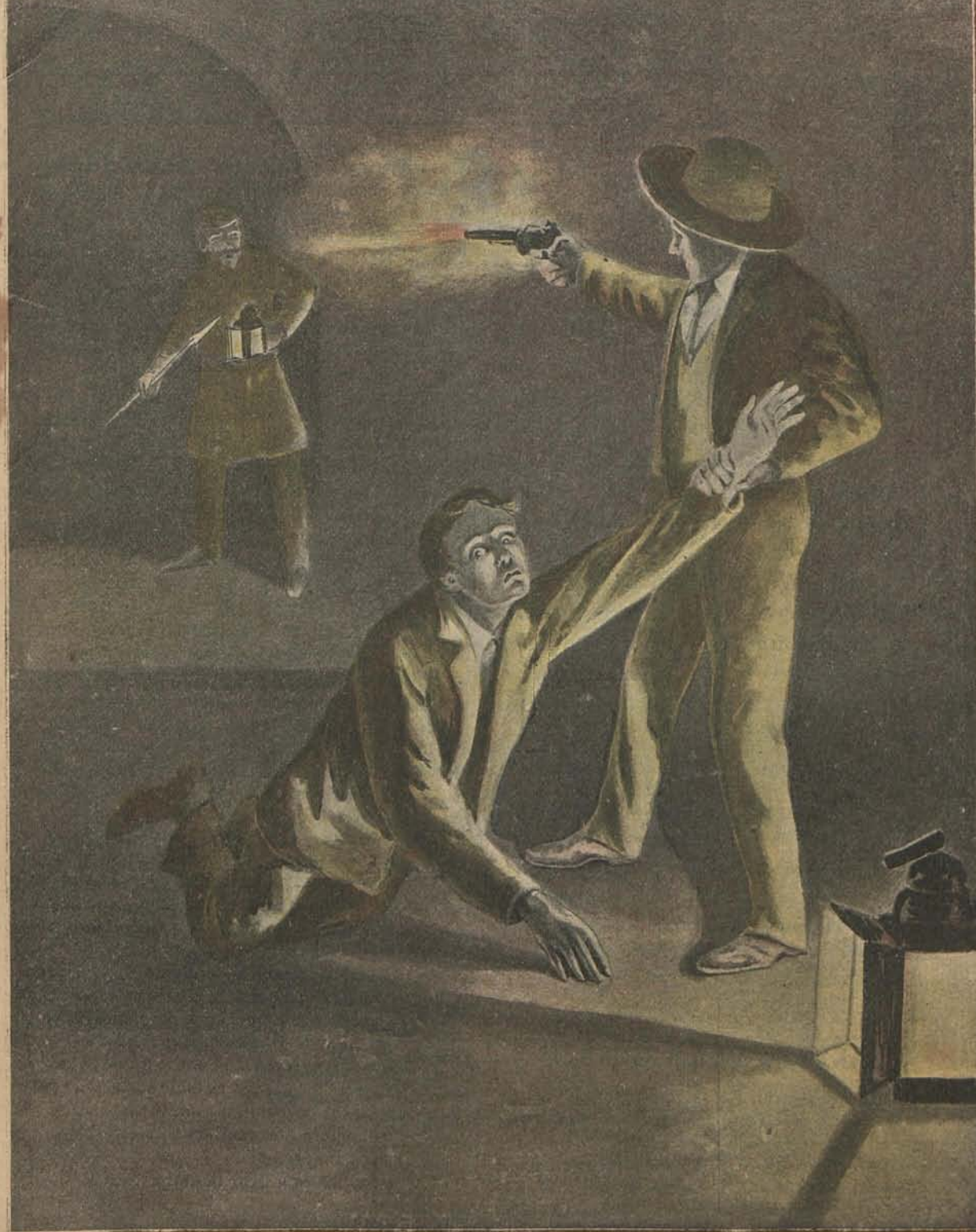


DE TODAS PARTES



... Y DISPARÓ SIN VACILAR

Precio: **10** céntimos

Biblioteca Nacional de España

Núm. **1**

DE TODAS PARTES

ESPAÑA Y PORTUGAL
Un año... 5 ptas.
Un semestre... 2'75

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
AVENTURAS, VIAJES Y NOVELAS

EXTRANJERO
Un año... 10 ptas.
Un semestre... 5'50

Año I

Barcelona, 11 de mayo de 1907

Núm. 1

LO QUE OFRECEMOS AL PÚBLICO

A la vista está. El presente número, primero de nuestra publicación, abraza todos los diversos asuntos que continuarán en los sucesivos.

Se trata de un semanario de puro recreo en el que se publicarán novelas de los mejores autores así nacionales como extranjeros; recuerdos históricos, cuentos, episodios de viajes y aventuras; todo ello ilustrado con profusión de grabados, y todo lleno de interés y amenidad.

El precio á que hemos puesto nuestra publicación, la hace accesible á todas las fortunas y creemos que el público, teniendo en consideración nuestro esfuerzo para complacerle, no nos ha de negar su favor.

A LA PRENSA

Al aparecer en el estadio de la prensa, aun cuando ocupando un modestísimo lugar, juzgamos un deber de cortesía, saludar á nuestros peritísimos compañeros, ofreciéndoles en todo y para todo el testimonio de nuestra consideración y afecto.

SALVADO DE LA MUERTE

—Quieres por fin, Rafael, decirme la causa de tu tristeza y del afecto tan profundo que te une con mi amigo Antonio Contreras.

—Fuimos rivales; ambos estábamos enamorados de una huérfana que vivía con su tío, el cual tenía una fama deplorable en todos aquellos

contornos. Para cortar estas relaciones, puso en práctica un medio sólo digno de él. Valiéndose de dos bribones uno de ellos el sereno de una fábrica que tenía al pie de la sierra condujeron á ella, á Rafael que andaba rondando á Rosa. El infeliz muchacho quedó allí abandonado, el sereno que le llevaba su mezquino alimento le exigía que firmara una carta para Rosa, diciéndola que jamás la había querido, y no queriendo acceder le castigaba sin piedad.

En la comarca, llamaba la atención, la desaparición de Rafael, y Antonio que no se llevaba bien con él desde que ambos pretendían á la misma mujer, sorprendióse al decirle el tío de Rosa:

—Si quieres á la chica ten la seguridad de que Rafael no volverá á hacerte sombra.

Esto llamó la atención de Antonio, demasiado noble para aprovecharse de una infamia; hizo indagaciones y acentuándose en su mente que el autor de la desaparición sería el tío de Rosa, se le ocurrió si lo habría asesinado enterrándolo en su misma fábrica; y como no carecía de valor se indignaba á la idea de que tarde ó temprano pudiera considerársele cómplice de aquella infamia, por lo que se dirigió á la fábrica y buscando por donde podría penetrar en ella creyó percibir un gemido, esperó para ver si se repetía, y efectivamente, oyó un acento lastimero que decía:

—¡Mátame! Juan. No me hagas sufrir más.

Antonio, no vaciló un momento, escaló la tapia y saltó dentro, encendió una linterna que encontró á mano, penetró por una bóveda y en el centro de ella encontró á Rafael tendido en el suelo.

—¡Antonio! ¡tú aquí!—exclamó el joven tendiendo los enflaquecidos brazos á su salvador.

Este trató de incorporarle, pero en aquel momento oyó la voz del sereno que decía:

—Ahora te quitaré las ganas de volver á hablar gran pillo. Fué á lanzarse sobre Antonio pero éste sin soltar la mano de Rafael se sacó un revolver y disparó sin vacilar. El miserable pagó con la vida sus infamias.

Desde entonces databa la amistad de Rafael y Antonio.

LA ESPINA DE LA CONCIENCIA

por ELENA SCHOLD

— Perfectamente, Bastien. Estoy contenta de ti,

—¿De veras? Srta. Agata. Ya sabe usted que mi vida la pertenece. Que por usted sería capaz de...

—Lo sé, Bastien, lo sé,—repuso Agata con frialdad.— Ya hablaremos más tarde.

—Nadie, señorita. El camino estaba solo, y...

—Bien, bien. ¿Y ella?—preguntó Agata bajando la voz.

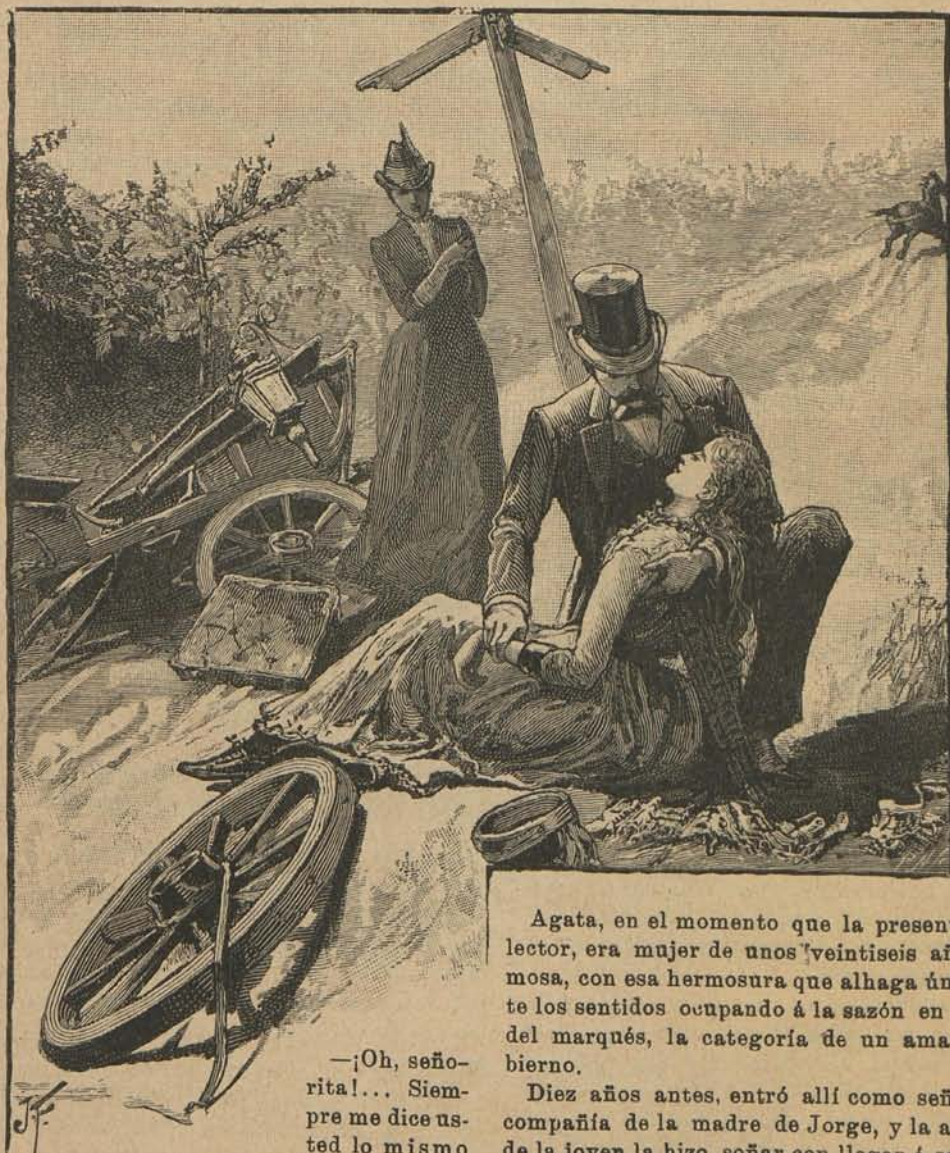
—Allí ha quedado.

—Vete. Vete y no olvides nada de lo que te encargué...

—No lo olvidaré.

Y Bastien se alejó precipitadamente.

Este breve diálogo había tenido lugar en el parque de la hermosa posesión del marqués Jorge de Sully, situada en las inmediaciones de Melun.



—¡Oh, señorita!... Siempre me dice usted lo mismo y mientras tanto...

—¿Te ha visto alguien?—preguntó Agata desentendiéndose de las palabras que Bastien acababa de pronunciar y mirando a todos lados con inquietud.

Agata, en el momento que la presentamos al lector, era mujer de unos veintiseis años, hermosa, con esa hermosura que alhaga únicamente los sentidos ocupando a la sazón en la casa del marqués, la categoría de un ama de gobierno.

Diez años antes, entró allí como señorita de compañía de la madre de Jorge, y la ambición de la joven la hizo soñar con llegar a ser algún día la dueña de aquella y otras posesiones, casándose con el marqués.

Pero Jorge de Sully amaba ciegamente a Gabriela de Villebois y ésta le correspondía de igual manera.

Huérfana de madre, Gabriela sólo había en-

contrado cariño en Jorge, porque su padre, comprometido siempre en ruinosas empresas, no podía pensar sino en realizar algún negocio que le permitiera restaurar su fortuna.

Jorge, profundamente reservado, no había dejado nunca traslucir su amor por la Srta. de Villebois. Unicamente Agata, que todo lo observaba y que había expiado los pasos de Jorge, llegó á descubrirlo.

—Es un obstáculo,—se dijo,—que haré desaparecer.

La casualidad llegó en su ayuda.

De la noche á la mañana, Gabriela y su padre desaparecieron de Melun sin que nadie supiese donde habían ido.

Murió la madre de Jorge sin que éste hubiera podido descubrir el paradero de su amada; terminó éste sus estudios de abogado, confió á Agata el cuidado de su casa y se encerró en su laboratorio, pues era un gran químico, saliendo de él únicamente para ir á Melun ó á París á defender algún pleito ó alguna causa, alcanzando por sus triunfos en el foro, gran fama.

Así pasaron tres años, al cabo de los cuales, supo Jorge, porque Agata se lo dijo, que Gabriela casada con el conde Preland, había regresado á Melun.

El casamiento de Gabriela fué una infame venta hecha por su padre, pues debía al conde, que era viejo y gastado por los vicios, una cantidad que no podía pagarle, y el achaquiento caballero, le exigió la mano de su hija en pago de su deuda.

Boda semejante tenía que dar como lógico resultado, la desesperación de Gabriela y el aborrecimiento respecto á su marido, y los celos y la desconfianza de éste respecto á su mujer.

Agata lo supo todo por aquel Bastien con quien la vimos hablar al empezar nuestro relato, que era cochero del conde y su hombre de confianza con el cual únicamente dejaba salir á Gabriela cuando él no la acompañaba.

Bastien, poderosamente excitado por la exuberante belleza de Agata, habíase convertido en un instrumento de ésta para el infame plan que había formado.

Subyugándole con sus miradas y prometiéndole lo que no había de cumplirse, consiguió que aprovechase uno de sus muchos días que salía con su señora guiando la *charrette* en que ésta iba, para hacer volcar el carruaje y que la muerte de la joven fuese la consecuencia de aquel vuelco.

Y así lo hizo el miserable.

Enloquecido el caballo, la tarde que da comienzo nuestra narración, emprendió vertiginosa carrera hasta que chocando dió lentamente el frágil carruaje contra unas peñas, se hizo

pedazos, arrojando á alguna distancia á la infeliz joven cuya cabeza dió contra las piedras, brotando un raudal de sangre por la herida.

Bastien que prevenido como estaba, saltó á tiempo del carruaje, corrió precipitadamente á la posesión de Sully, encontrando á Agata en el parque disponiéndose para acompañar á Jorge á una visita. Esta circunstancia obligó á Agata á despedir á Bastien.

Y á tiempo lo hizo, porque Jorge se reunió con ella á poco de marcharse aquel.

Unicamente en aquel momento, pensó Agata que no había preguntado á Bastien en que lugar había ocurrido el suceso; mas como ya no era posible hacerlo, partió con el marqués para la casa de los amigos á quienes iban á visitar.

Así anduvieron un buen rato, hasta que de pronto, al volver un pequeño recodo que formaba el camino, vieron á corta distancia un carruaje destrozado y una mujer tendida en el suelo, y sin movimiento.

Agata palideció y Jorge comprendiendo que allí había ocurrido alguna desgracia, echó á correr hacia el lugar del siniestro.

Y al ver á Gabriela, á quien reconoció á pesar de la sangre que cubría su rostro, lanzó un grito; con mano febril la pulsó y percibiendo un resto de vida en aquel ensangrentado cuerpo, exclamó:

—¡Vive!... ¡Vive!...

Y la cogió en sus brazos y corrió hasta su casa, seguido de Agata que murmuraba con acento implacable:

—Será necesario empezar de nuevo.

Jorge envió á buscar médicos, avisó al esposo de la joven y como que el estado de ésta no permitió que se la trasladase, hubo de permanecer en la casa de Sully.

Agata se constituyó en enfermera de la joven y por ella supo lo desgraciada que era con su marido.

La víspera del día en que debía trasladarse á su casa, aprovechando la circunstancia de no encontrarse Jorge en la posesión, la fué enseñando todas las dependencias y entre ellas el laboratorio del marqués, llamando su atención sobre los venenos, composición de Jorge, entre los cuales había uno que no dejaba huella alguna en el cuerpo de la víctima.

Gabriela la escuchaba atentamente y la taimada Agata, la dejó sola un momento en el laboratorio.

Cuando regresó, su mirada perspicaz descubrió el vacío que en la vitrina de los venenos había dejado el botecito que indicó á Gabriela.

Pasaron algunos meses.

Un día se supo en Melun que el conde de Preland había fallecido casi de repente.

Quince días después y en ocasión que Jorge estaba ocupado en su laboratorio, llegó al castillo de Sully la camarera favorita de Gabriela solicitando ver al marqués.

—Señor marqués,—le dijo al verle,—mi señora está acusada de haber dado muerte á su esposo y quiere que vaya usted á defenderla.

Tres meses hacía que el marqués estaba casado, cuando un día, recibió una carta fechada en París, diciéndole que de su laboratorio había sido extraído un bote de veneno y si quería saber que había sido de él, se lo preguntase á su esposa, teniendo en cuenta que el veneno era de los que no dejaban ninguna huella.



El día siguiente Jorge estaba en París.

Un anónimo que había recibido el Prefecto de policía, denunciándole que el conde había muerto víctima de un veneno, hizo necesaria la incoación de un proceso.

Jorge se encargó de la defensa de Gabriela y éste fué uno de sus más ruidosos éxitos forenses.

Gabriela fué declarada inocente.

Un año después, la viuda del conde de Preland, era la esposa del marqués de Sully.

Fácilmente puede comprenderse el efecto que la lectura de aquella carta le causó.

Cual si le hubiera herido un rayo inclinó la cabeza sobre el pecho y cerró los ojos no queriendo ver la fatídica luz que de repente había brotado en su espíritu.

—¿Será verdad?... —decía.—¿Será Gabriela la envenenadora de su marido?... ¿Habré sido yo su cómplice inconsciente?...

Aquella noche le fué imposible conciliar el sueño.

A la mañana siguiente marchó á París.

Durante algunos días estuvo estudiando el proceso de Gabriela, pero nada encontró en aclarar la horrible duda que le atormentaba.

Cuando regresó á Londres, Gabriela no fué dueña de contener una exclamación de sorpresa al verle, según lo cambiado que estaba.

el marqués, — el veneno que quitó la vida al conde.

Un grito desgarrador brotó de la garganta de Gabriela

La luz acababa de hacerse para ella.

Jorge lo sabía todo.

Densamente pálida, sollozante, sin fuerzas



Jorge estaba siempre, distraído, preocupado; si no trataba con excesiva frialdad á su esposa, comprendíase que se violentaba para hablarla.

Un día, acababan de servir á Gabriela un vaso de agua y la camarera lo dejó sobre la mesa.

Jorge, después que su mujer había bebido quedóse mirando fijamente aquel vaso.

Semejante insistencia llamó la atención de Gabriela que le dijo:

—¿Qué miras con tanta atención, Jorge?

—Busco en el contenido de ese vaso,—repuso

para negar, cayó de rodillas ante su marido y se lo confesó todo, loco, desesperado, con la muerte en el alma y el remordimiento y el horror en la conciencia, lanzóse fuera de la estancia y salió de su casa.

Todo el día anduvo vagando por la ciudad y por la noche, rendido, aplanado por completo bajo el peso de aquella inmensa desventura regresó á su casa. Gabriela no estaba en ella.

Sobre la mesa de su habitación encontró Jorge una carta dirigida á él.

Con mano trémula la abrió y leyó estas cortas líneas.

«Jorge: cuando ésta llegue á tu poder, la envenenadora se habrá hecho justicia.

»No execes su memoria; compadécela teniendo en cuenta lo mucho que te amaba.»

El marqués vaciló y habría caído al suelo á no sostenerse en la misma mesa donde se encontró la carta.

El día siguiente, las aguas del Támesis devolvieron el cuerpo de la infortunada Gabriela.

Cumplidos por el marqués los últimos deberes respecto á la mujer á quien diera su nombre, exclamó:

—Ha muerto la culpable. Ahora falta la cómplice.

A su llegada á París, una noticia sensacional preocupaba la pública atención.

Una mujer joven y bella había sido asesinada por un amante desdeñado.

La mujer era Agata. El asesino, Bastien.

Al conocer Jorge el final de Agata, quiso ver á su asesino.

Y por él supo todo cuanto había pasado y lo que había hecho, sugestionado por aquella mujer.

—¡Conde de Preland, de tus asesinos, uno ha muerto ya. El segundo viene á pagar la deuda que contigo ha contraído. Conde de Preland ese asesino soy yo y aquí he venido para hacerme justicia en tu presencia.

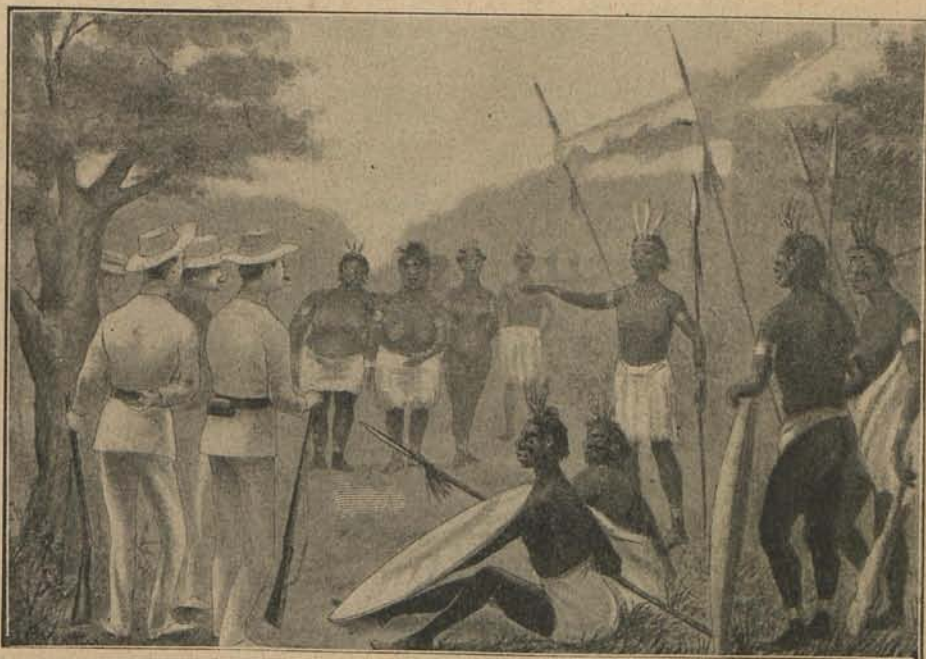
Y antes que el sepulturero que desde lejos le contemplaba curiosamente, hubiera podido impedirlo, sacó el revolver del bolsillo y una detonación y la caída al suelo del suicida, demostraron que el marqués había cumplido su promesa.

Entre salvajes

Tres días hacía que nos habíamos extraviado por el desierto.

Iba á ponerse el sol detrás de un horizonte, formado por una serie de colinas que corrían de N. á S., á unos diez kilómetros de nuestro campamento provisional, difumándose en la lejanía con tintas de violeta, sobre un cielo amarillo anaranjado, que pasaba al verde antes de alcanzar á nuestro zénit.

Estábamos silenciosos, porque esa hora y en aquellas inmensas soledades, embarga siempre el ánimo con un sello de indefinible tristeza.



Más sombrío, más desesperado que nunca, llevando la muerte en el corazón, el marqués de Sully regresó á Melun.

Una mañana se dirigió al cementerio de Melun, donde había sido trasladado desde París, el cuerpo del conde de Preland.

Se hizo conducir por uno de los sepultureros al panteón del conde y una vez ante él, murmuró con un acento en que se revelaba la inmensa amargura que le ahogaba:

Por fin rompió el silencio nuestro jefe, y volviéndose hacia mí me dijo:

—Estébanez, ¿habéis tomado la altura á medio día?

—Sí, mi comandante.

—¿Y habéis encontrado dónde estamos?

—A los 15° 8' de latitud y 53° 10' de logitud.

En seguida, dirigiéndose á mi compañero:

—¿Habéis examinado la cantidad de provisiones que nos quedan?

—Lo he hecho, mi comandante.

—¿Qué habéis encontrado?

—Que hay para cinco días de agua y ocho de viveres.

Con la esperanza de encontrar alguna tribu hospitalaria antes del quinto día, nos dormimos; necesitábamos reposo, pues había sido ruda la jornada.

Durante dos días dimos en vano batidas por todas partes, y ninguna huella de caravana, ningún oasis se mostró á nuestro paso, hasta que al fin al tercer día, dimos con una tribu que nos acogió con muestras de júbilo, y á cuyo rey le hicimos algunos presentes de armas y municiones, que agradeció en gran manera, poniendo á nuestra disposición algunos esclavos y tres mujeres, dos de ellas casi deformes por su excesiva gordura. La tercera era bastante hermosa y esbelta, y después supe que no era del país y había sido capturada por el rey en uno de sus combates con las tribus de occidente.

Tanto á Ojeda como á mí nos agradó esta última mujer, en términos que nos prendamos de ella y le declaráramos nuestra pasión con señas, pues nos era imposible hacerlo de otro modo, porque para nosotros su lenguaje era incomprensible y aun cuando teníamos á nuestra disposición el intérprete, no juzgamos oportuno hacerle semejantes confidencias.

Hasta tal punto llegó nuestro afecto por ella, que considerándonos como rivales, nos dábamos visibles muestras de nuestro rencor.



La negrita nos miraba y sonreía á los dos, sin comprender la causa de nuestra apatía.

Por fin, un día ventilamos la cuestión de nuestros celos y buscamos un sitio solitario detrás de una cabaña inhabitada; pero no nos pudimos sustraer á las miradas de algunos salvajes que fueron á dar parte al rey.

El resultado fué un sablazo, que recibí en un hombro, y la repulsa consiguiente de nuestro comandante.

Después de este lance, cuando volvimos á encontrarnos con la que fué causa de él, advertimos que estaba triste, evitaba nuestras miradas y huía al hacerle nosotros cualquier ademán apasionado.

Pasados algunos días fuimos obsequiados por el rey con un banquete, en el que reinó el buen humor y la fraternidad más completa.

Al terminar la espléndida comida, el intérprete nos dijo que el rey, sin comprender por qué dábamos la preferencia á una mujer tan inferior, según su manera de apreciar las mujeres, hasta el extremo de que dos hombres pretendieron quitarse la vida por ella, cuando había suficiente carne para los dos en las demás mujeres, ya que habíamos preferido la más delgada, no había querido contradecir nuestro gusto y nos había obsequiado con sus pedazos más exquisitos en aquel banquete.

Al oír esto nos levantamos, como impulsados por un resorte, y sin poder contener nuestro enojo, dirigimos el cañón de nuestros revolvers hacia el monarca, que no ha vuelto aún de su asombro por nuestra repentina actitud.

¡Nunca hubiésemos podido figurarnos desenlace tan desastroso! Yo estaba enfermo después de lo sucedido, y mi amigo Ojeda, á pesar de tener muy buen estómago, todavía no ha podido digerir la aventura.



AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por ROBERTO LUIS STEVENSON

I

EMPRENDO MI VIAJE EN DIRECCIÓN Á LA CASA DE SHAWS

La historia de mis aventuras comienza en la mañana de cierto día del mes de junio de 1751, día en que cerré por última vez la puerta de la casa de mi padre. El sol comenzaba á dorar las cumbres de las colinas cuando emprendí el camino, y al llegar al presbiterio los mirlos silbaban en la espesura de las lilas, mientras que en el valle la niebla se desvanecía á medida que avanzaban las horas.

El Sr. Campbell, ministro de Essendean, me esperaba junto á la puerta del jardín. ¡Qué hombre tan bueno! Preguntóme si había almorzado, y, como le contestase que no necesitaba nada, cogió una de mis manos entre las suyas y estrechóla cariñosamente diciendo:

—Vamos, amigo David: te acompañaré hasta el vado en tu camino.

Y los dos emprendimos la marcha silenciosamente.

—¿Te entristece abandonar el pueblo?—preguntóme después de una pausa.

—Si yo supiera,—le contesté,—dónde voy y qué va á ser de mí, os lo diría ingenuamente. Essendean es un punto muy agradable, y yo he vivido feliz aquí; pero debo añadir que nunca estuve en otra parte, y, por lo tanto, no puedo saber si hay otra cosa mejor. Habiendo muerto mis padres, lo mismo me da estar aquí que en el reino de Hungría; y, á decir verdad, si creyese que he de mejorar allí donde voy, iría de muy buena gana.

—Muy bien, David,—repuso el bondadoso clérigo;—has hablado bien; y ahora me corresponde á mí decirte algo sobre tu futura suerte. Después de morir tu madre, y cuando tu padre se vió acometido de su última enfermedad, me entregó cierto día una carta diciéndome: «—Esta es la herencia de mi hijo. Cuando yo haya dejado de existir entregádsela al punto y envíadle á casa de Shaws, que vive cerca de Cramond. De allí vine yo, y allí debe ir el chico. David es un muchacho de las mejores disposiciones, y no dudo que le recibirán bien y le apreciarán».

—¡La casa de Shaws!—exclamé.—Pero ¿qué tenía que ver mi pobre padre con la casa de Shaws?

—¡Ah! ¿Quién podría decirlo con seguridad?—repuso el Sr. Campbell.—Sin embargo, hijo mío, el nombre de esa familia es el tuyo propio: Balfour de Shaws. Es una antigua y respetable casa, por más que haya decaído en estos últimos tiempos. Tu padre era también un hombre instruido, y ninguno supo como él dirigir una escuela. Yo me complacía en presentarle á todo el mundo, y adviértote que los Campbell de Kibrennet, los Campbell de Dunswire, los Campbell de Minch y otros caballeros bien conocidos, buscaban siempre su compañía. En fin, para que lo sepas todo, aquí tienes esta carta testamentaria escrita de puño y letra de tu difunto padre.

Así diciendo, el Sr. Campbell me entregó la carta, en cuyo sobre se leía lo siguiente: *Para entregar en manos del caballero Ebenezer Balfour de Shaws, en su casa de Shaws, debiendo ser el portador mi propio hijo David Balfour.*

Mi corazón latía apresuradamente al recibir aquella carta, pues parecíame que se me presentaba un nuevo porvenir, á mí, pobre muchacho de diez y seis años, hijo de un maestro de escuela del Bosque de Elrick.

—Sr. Campbell,—dije balbuciendo;—¿qué haría usted en mi lugar?

—¡Oh! Por de pronto ir á esa casa sin vacilar. Un muchacho como tú puede llegar en dos días á Cramond, que está cerca de Edimburgo. En el caso peor, y si tus nobles parientes, (pues supongo que lo son) te pusieran á la puerta, solo habrás perdido dos días de viaje, y volverás después aquí; más yo espero que serás bien recibido, como lo suponía también tu pobre padre. Y dicho esto, hijo mío, déjame descargar mi conciencia dándote algunos avisos para que te pongas en guardia contra los peligros del mundo.

Al pronunciar estas palabras, el buen ministro fué á sentarse sobre un tronco bajo la copa del árbol más próximo, invitóme á imitarle, y, como el sol lanzaba ya sobre nosotros directamente sus rayos, sacó el pañuelo del bolsillo para cubrirse el cuello y dió principio á su discurso. En primer lugar hablóme de las malas tentaciones que podrían perderme, me aconsejó que no olvidara nunca mis oraciones ni la lectura de la Biblia, é hizome después una descripción de la casa á donde iba, indicándome la conducta que debía observar con sus habitantes.

—Mucho cuidado con las cosas del espíritu,—díjome el Sr. Campbell,—y acuérdate que aunque seas de noble cuna te has educado en el campo. En aquella gran casa, á la vista de los numerosos criados que van y vienen, muéstrate circunspecto, procura comprender pronto, y mide tus palabras antes de hablar. En cuanto al jefe de la familia, no olvides el respeto que se le debe: honra á quien te honra... y no te

digo más. Es agradable obedecer á un jefe, ó por lo menos debe serlo para los jóvenes.

—Está muy bien,—repuse;—procuraré hacer lo que me decís.

—Perfectamente,—replicó el Sr. Campbell;—con esto me complacerás. Y ahora pasemos á los asuntos más materiales. Yo guardo aquí un paquetito que contiene cuatro cosas.

Así diciendo, el ministro sacó de un bolsillo el objeto de que hablaba.

—De estas cuatro cosas,—añadió,—la primera te pertenece legalmente: es el dinero recogido de la venta de los libros de tu padre y de algunos enseres, cantidad que yo he guardado religiosamente para ti. Las otras tres cosas son regalos de mi señora y míos, y espero que los aceptarás como un recuerdo: la primera, que es redonda, te agrada mucho desde luego; pero advierte, querido David, que solo es una gota de agua en el mar: te servirá solo para dar un paso, desvaneciéndose después como la niebla bajo los rayos del sol; la segunda, que es plana y cuadrada y está escrita, te servirá de guía en el camino de tu existencia; y en cuanto á la última, que es cúbica, te preparará el camino para ser feliz en un mundo mejor.

Acabado su discurso, el Sr. Campbell se puso en pie, cogió su sombrero, rezó una oración, estrechóme entre sus brazos, mirándome después con aire compasivo, y despidióse de mí cuando llegamos á la inmediación del vado.

Tal vez otro se hubiera reído al ver las manifestaciones de aquel santo varón; pero yo estaba triste. No dejé de mirarle un momento mientras se alejaba, y pude observar que no volvió la cabeza ni una sola vez. Entonces pensé que mi marcha era todo lo que causaba su pesar, y sentí como un remordimiento, porque yo en cambio experimentaba alegría al salir de aquel tranquilo lugar para ir á una gran casa, rica y poderosa, con cuyos dueños estaba emparentado.

—¡David, David!—pensé.—¡Estás dando una prueba de la más negra ingratitud! ¿Cómo puedes olvidar pasados favores y antiguos amigos por un nombre pomposo? Verdaderamente es una vergüenza.

Cuando el Sr. Campbell se hubo perdido de vista, sentéme en una piedra y abrí el paquete para examinar los regalos. No dudaba que la cosa cúbica, como él la llamó, era una diminuta Biblia, y de ello me pude convencer al punto; el objeto redondo era un chelín; y lo que me debía servir de auxilio durante mi existencia reducíase á un pedacito de papel amarillo en el que se leía escrito con tinta roja:

«Virtudes del agua de lirio de los valles.—Tó-

mense flores de lirio de los valles y destíllense, tomando del agua una ó dos cucharadas, según convenga. Devuelve el habla á los tartamudos, es buena para combatir la gota, conforta el corazón y fortalece la memoria. Si se guardan las flores en un vaso y se pone éste en un sitio donde haya hormigas, conservándolo allí durante un mes, el licor que resulte de las flores, conservado en un frasquito, será buen medicamento para hombre ó mujer »

El Sr. Campbell había añadido de su puño y letra lo que sigue:

«También es buena esta agua para los calambres y el cólico, debiéndose tomar una cucharada de hora en hora.»

Al leer esto no pude menos de reirme, aunque pronto me arrepentí de mi ligereza. Después coloqué el paquete en el extremo de mi palo, pasé al lado opuesto del camino, y, dirigiendo una última mirada á Essendean, á los árboles del bosque y al cementerio donde reposaban mis padres, emprendí la marcha rápidamente para distraer los tristes pensamientos que me acosaban en aquel instante.

II

LLEGO AL FIN DE MI JORNADA

En la tarde del segundo día, al llegar á la cumbre de una colina, vi desarrollarse ante mis ojos todo el paisaje, que se extendía hasta la orilla del mar, y sobre una prolongada cordillera la ciudad de Edimburgo humeando como la chimenea de un vapor. En el castillo ondeaba una bandera, y vi varios buques anclados, y que salían ó entraban. Todo esto me recordó al punto mi país.

Muy pronto llegué á una cabaña habitada por un pastor, quien me indicó el camino de Gramond; y así, preguntando á unos y á otros, acerquéme á la capital por la carretera de Glasgow. Allí pude tener el gusto de ver un regimiento que marchaba al son de los pífanos, marcando el paso. A su frente iba un general de cara rubicunda, montado en un caballo gris, y cerraba la marcha una compañía de granaderos con sus enormes gorras. El orgullo de la vida me embriagó un momento al contemplar las casacas rojas y el aspecto marcial de aquella tropa, que avanzaba al compás de una alegre música.

Un poco más lejos díjéronme que ya estaba en el distrito de Cramond, y entonces pregunté por la casa de Shaws. ¡Cosa singular! Este nom-

bre parecía sorprender á todos aquellos á quienes pedía noticias. Al principio creí que mi aspecto de aldeano y mi humilde traje cubierto de polvo estaban en contradicción con mis pretensiones de rozarme con tan noble casa; pero cuando tres ó cuatro personas me hubieron mirado con la misma extrañeza, dándome igual contestación, comencé á creer que ocurría alguna cosa de particular respecto á la casa de Shaws. Era preciso aclarar cuanto antes el asunto, para lo cual cambié la forma de mis preguntas; y, al ver á un campesino que iba sentado en su carro, dirigíme á él para tomar lenguas.

—¿Habéis oído hablar alguna vez,—le pregunté,—de la casa de Shaws?

El buen hombre detuvo su carro y miróme con tanta sorpresa como todos los demás.

—¿Por qué me preguntáis eso?—replicó.

—¿No es una gran casa?—añadí.

—Sí, la casa no deja de ser bastante grande.

—Pero... ¿y la gente que vive en ella?

—¿Qué gente?—repuso el hombre.—¿Estáis loco? Allí no hay gente, ó por lo menos nada que pueda llamarse así.

—Pues qué: ¿no vive allí el Sr. Ebenezer?

—¡Oh! Ese debe ser el jefe,—exclamó el carretero.—¿Para qué le buscáis, compadre?

—Pensaba obtener de él una colocación.

—¡Como!—exclamó el carretero con un tono tan penetrante que hasta el caballo se sobresaltó.—¡Una colocación! Vamos, compadre: estas son cosas que á mí no se me importan; pero como me parecéis un buen muchacho, voy á daros un consejo, y es que no entréis en relación alguna con los Shaws.

La persona que encontré luego después era un hombrecillo que llevaba una peluca muy blanca y que tenía todas las trazas de barbero. No ignoraba yo que los barberos suelen estar enterados de todo cuanto se relaciona con los vecinos de una localidad, y en su consecuencia preguntéle qué especie de hombre era Balfour de los Shaws.

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! Pues no es ninguna especie de hombre: no es absolutamente ninguna especie de hombre,—contestó el barbero.

Y después de mirarme de pies á cabeza, quiso averiguar indirectamente qué buscaba yo; pero comprendí su intención y despedíme de aquel sujeto sin satisfacer su curiosidad.

Este golpe echaba por tierra todas mis ilusiones, y cuanto más vagas eran las contestaciones que se me daban, más acrecía mi desconfianza, pues mayor campo dejaban á mis conjeturas. ¿Qué clase de casa sería aquélla que todo el mundo se extrañaba al oír pronunciar su nombre? ¿Qué caballero sería aquél tan mal reputado en toda la ciudad? Si me hubiese hallado á una hora de Essendean, seguramente habría



... llegué á un sitio donde se elevaban una especie de pilares...

vuelto allí, renunciando á proseguir mis averiguaciones; pero una vez tan lejos, era vergonzoso desistir, y por otra parte consideraba como un deber aclarar el misterio para saber á qué atenerme.

Prosiguiendo mi camino, encontré á una mujer alta y seca, de aspecto adusto, que bajaba de una colina; y como me acercase á ella para dirigirle la misma pregunta que á los demás, hízome seña de seguirla, acompañándome hasta la cumbre de la eminencia. Apenas llegados, señalóme con el dedo una vetusta mole ruinosa que se elevaba solitaria en medio del valle. El paisaje era risueño: no faltaban allí cristalinos arroyos, frondosos árboles y sombrías espesu-

ras; pero la casa parecía ruínosa, ningún camino conducía á ella, de ninguna chimenea salía humo, y hubiérase dicho que el edificio estaba abandonado.

—¡Es eso! —exclamé con acento de dolor.

—Sí, —contestó la mujer con maligna sonrisa y marcada expresión de cólera. —¡Eso es la casa de los Shaws! ¡Con sangre se construyó, con sangre comenzó á hundirse, y con sangre desaparecerá del todo! Mirad, —añadió después de una pausa;— escupo en el suelo y piso la saliva. ¡Negra suerte tenga! Si veis al jefe de esa casa, decidle que esta es la décima novena vez que Juana Clouston le maldice á él y á todos los suyos. Reducidas queden á cenizas la casa y el establo, el hombre y el huésped, el amo, la mujer y la hija. ¡Malditos sean todos, malditos, malditos!

Al proferir estas últimas palabras, con una voz cuyo diapasón se había elevado progresivamente, la mujer dió media vuelta y desapareció de mi vista.

Yo quedé inmóvil en el mismo sitio, mudo y erizado el cabello. En aquella época aun se creía en las brujas, y yo temblé al oír semejante maldición, lanzada tan inopinadamente contra la familia en quien fundaba todas mis esperanzas.

Me senté un momento para contemplar la casa de Shaws, y cuanto más miraba, más agradable me parecía aquel rincón de tierra: todo estaba verde y florido; en las praderas, los rebaños pacían tranquilamente; el ambiente era delicioso; y en medio de aquel conjunto, el ruinoso edificio presentaba un aspecto sombrío.

Algunos campesinos pasaron cerca de mí, pero faltábame valor para preguntarles nada. El día comenzaba á declinar, cuando de pronto observé una columna de humo en el edificio que estaba contemplando. A la verdad era muy ligera: poco más espesa que la de una vela de sebo; pero al fin era humo, y esto suponía la existencia del fuego y el calor, y también la de un ser animado que debía encender la lumbre. Esto me consoló mucho, seguramente más que una botella entera del agua de lirio de los valles que me había regalado el Sr. Campbell.

Algo reanimado, levantéme y avancé por un angosto sendero apenas marcado entre la yerba, tanto que nadie hubiera dicho que conducía á un lugar habitado. Por allí llegué á un sitio donde se elevaban una especie de pilares cuadrados de piedra, coronados por sendos leones del mismo material. Estos pilares parecían destinados á formar una entrada principal, pero sin duda no se había terminado la construcción. En vez de puertas de hierro veíanse unas cañas sujetas con cordeles; y como allí no había pare-

des, ni avenida, ni andén alguno, el sendero que yo seguía prolongábase por el lado derecho de los pilares en dirección á la casa.

Cuanto más me acercaba, más triste me parecía aquel lugar. Lo que estaba viendo debía ser el ala de un edificio sin concluir. En lo que hubiera sido el interior presentaba escaleras y rampas que llegaban hasta los pisos superiores; pero sin techo ni paredes, lo cual indicaba que se había suspendido la construcción. Muchas de las ventanas carecían de cristales, y los murciélagos entraban y salían como las palomas en un palomar.

La noche comenzaba á cerrar cuando me acerqué á la casa, y en tres de las ventanas inferiores, bastante altas, estrechas y protegidas por un sólido enrejado, observé como un resplandor de fuego.

Tal era el palacio que yo iba á visitar. ¿Daba encontrar en aquella triste mansión amigos y protectores que me pusieran en el camino de la fortuna? En aquel momento recordé la casa de mi padre en Essen Waterside, donde el fuego y las luces se veían desde una milla de distancia y donde se tenía abierta la puerta para los que pidiesen hospitalidad.

Avancé lentamente con el oído atento, y de pronto oí ruido de platos y vasos y una tos seca y cortada; pero no se percibía ninguna voz, ni siquiera el ladrido de un perro.

La puerta, por lo que yo pude ver á la escasa luz que allí llegaba, reducíase á una gruesa plancha de madera cubierta de clavos; y cuando hube hecho esta observación, levanté una mano con desaliento para llamar. En el mismo instante todo quedó silencioso en el interior de la casa, y, durante un minuto, solo oí el aleteo de los murciélagos que pasaban sobre mi cabeza. Volví á llamar y escuché de nuevo: esta vez mis oídos, acostumbrados al silencio, pudieron percibir el tic tac de un reloj; pero por lo demás el silencio era cada vez más profundo.

Por un momento tuve la intención de huir de allí; pero la cólera levantó mi mano, y comencé á descargar ruidosos golpes en la puerta, preguntando á voces por el Sr. Balfour. Un momento después, y como oyese la misma tos sobre mi cabeza, di un salto hacia atrás para mirar arriba. En la ventana vi la cabeza de un hombre cubierta con un gorro de dormir, y apuntada hacia mí la boca de un trabuco.

—Está cargado, —dijo una voz.

—He venido, —repliqué, —á traer una carta para el Sr. Ebenezer Balfour de Shaws. ¿No está aquí?

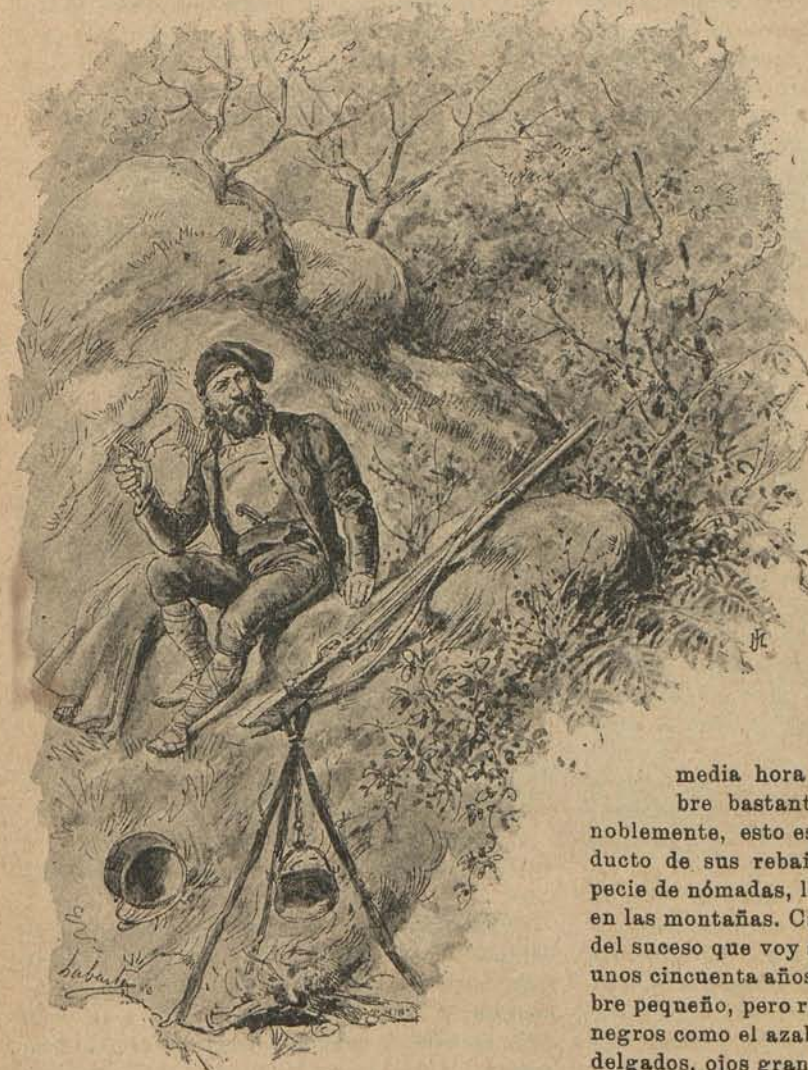
—¿De quién es esa carta? —preguntó el hombre del trabuco.

(Se continuará).

MATEO FALCONE

por PRÓSPERO MERIMEE

Saliendo de Porto Vecchio y dirigiéndose hacia el noroeste, hacia el interior de la isla, vese elevarse el terreno bastante rápidamente, y al cabo de tres horas de marcha por senderos tortuosos, obstruidos por gordos trozos de peñas y



cortados á veces por barrancos, encuéntrase en el lindero de un *maquis* muy extenso. El *maquis* es la patria de los pastores corsos y de cualquiera que ha reñido con la justicia. Precisa saber que el labrador corso, para ahorrarse el trabajo de abonar su campo, prende fuego á cierta extensión de bosque: peor si la llama se propaga más lejos de lo necesario. Suceda lo que quiera, se está seguro de obtener una buena cosecha sembrando sobre esta tierra fertilizada por las

cenizas de los árboles que llevaba. Segadas las espigas, porque se deja la paja, que costaría trabajo recoger, las raíces que han quedado en tierra sin consumirse echan, en la primavera siguiente, cepellones muy espesos que en pocos años alcanzan una altura de siete ú ocho pies. Esta manera de monte tallar bravo es lo que se llama *maquis*, compuesto de diferentes especies de árboles y arbustos, mezclados y confundidos á la buena de Dios. Sólo, hecha en mano se abrirá

allí paso al hombre, y se ven *maquis* tan espesos y tupidos que los mismos mufones (1) no pueden penetrar en ellos.

Si habéis matado á un hombre, idos al *maquis* de Porto Vecchio y viviréis con toda seguridad, con una buena escopeta, pólvora y balas. No olvidéis una capa parda guarnecida con un capuchón (*pilone*) que sirve de abrigo y de colchón. Los pastores os dan leche, queso y castañas, y no tendréis que temer nada de la justicia ni de la familia del muerto, á no ser cuando os precise bajar al pueblo para renovar vuestras municiones.

Cuando yo estaba en Córcega en 18... Mateo Falcone tenía su casa á

media hora de este *maquis*. Era hombre bastante rico para el país; vivía noblemente, esto es, sin hacer nada, del producto de sus rebaños, que unos pastores, especie de nómadas, llevaban á pacer aquí y allá en las montañas. Cuando le ví, dos años después del suceso que voy á referir, me pareció tendría unos cincuenta años á lo más. Figuraos un hombre pequeño, pero robusto, con cabellos crespos, negros como el azabache, nariz aguileña, labios delgados, ojos grandes y vivos y una tez color de vueltas de bota. Su habilidad en el tiro de escopeta pasaba por extraordinaria, aun en su país, donde hay buenos tiradores. Por ejemplo, Mateo no había tirado nunca con postas á un mufón, pero á ciento veinte varas le derribaba de un balazo en la cabeza ó en la espalda, á su elección. De noche se servía de sus armas tan fácilmente como de día, y me han citado este

(1) Carneros silvestres.

rasgo de destreza suyo, que parecerá quizás increíble á quien no ha viajado por Córcega. A ochenta pasos, colocábase una vela encendida detrás de un transparente de papel ancho como un plato. Apuntaba, en seguida se apagaba la bujía, y al cabo de un minuto, en la oscuridad más completa, tiraba y traspasaba el transparente tres veces cada cuatro.

Con un mérito tan trascendental, Mateo Falcone se había granjeado una gran reputación. Decíase que era tan buen amigo como enemigo peligroso. Servicial, aparte de esto, y limosnero, vivía en paz con todo el mundo en el distrito de Porto Vecchio. Pero contábase de él que en Corte, donde había tomado mujer, había desembarazado muy vigorosamente de un rival que pasaba por tan temible en guerra como en amor: por lo menos se atribuía á Mateo cierto escopetazo que sorprendió al rival mientras se afeitaba delante de un espejito colgado de su ventana. Ahogado el asunto, Mateo se casó. Su mujer, Giuseppa, le había dado primeramente tres hijas (lo cual le trafa furioso), y, por fin, un niño que llamó Fortunato: era la esperanza de su familia, el heredero del nombre. Las hijas se habían casado bien: su padre podía contar, en caso necesario, con los puñales y las escopetas de sus yernos. El chico no tenía más que diez años, pero anunciaba ya felices disposiciones.

Cierto día de otoño, Mateo salió de madrugada con su mujer para ir á visitar uno de sus rebaños en una calva del maquis. Fortunatillo quiso acompañarles, pero la calva estaba demasiado lejos. Por otra parte, menester era que alguien se quedara para guardar la casa. El padre se opuso, pues: ya se verá si tuvo ocasión de arrepentirse.

Encontrábase ausente desde algunas horas y Fortunatillo estaba tranquilamente tendido al sol, mirando las montañas azules y pensando que el próximo domingo iría á comer al pueblo en casa de su tío el *cabo* (1), cuando se vió súbitamente interrumpido en sus meditaciones por la explosión de un arma de fuego. Levantóse y se volvió hacia la parte de la llanura de donde partía aquel ruido. Sucediéronse otros tiros, disparados á intervalos desiguales y siempre de cada vez más cercanos. Por fin, en el sendero

que conducía de la llanura á la casa de Mateo, apareció un hombre cubierto con un gorro puntiagudo como el que llevan los montañeses, barbudo, cubierto de andrajos y arrastrándose con trabajo apoyado en su escopeta. Acababa de recibir un balazo en el muslo.

Aquel hombre era un bandido (1) que, habiendo partido aquella noche para ir á buscar pólvora al pueblo, había caído en el camino en una emboscada de cazadores corsos (2). Después de una vigorosa defensa había conseguido procurarse la retirada, vivamente perseguido y tiroteado de roca en roca. Pero les llevaba poca delantera á los soldados, y su herida le impedía llegar al maquis antes de que le alcanzaran.

Acercóse á Fortunato y le dijo:

—¿Eres tú el hijo de Mateo Falcone?

—Sí.

—Yo soy Gianetto Sanpero. Me persiguen los cuellos amarillos (3). Ocúltame, porque no puedo ir más lejos.

—Y ¿qué dirá mi padre si te oculto sin su permiso?

—Dirá que has hecho bien.

—¿Quién sabe!

—Ocúltame pronto: ya llegan.

—Espera á que mi padre haya vuelto.

—¿Qué espere? ¡Maldición! Dentro de cinco minutos estarán aquí. Anda, ocúltame, ó te mato.

Fortunato le respondió con la mayor sangre fría:

—Tú escopeta está descargada y no llevas ya cartuchos en tu *carchera* (4).

—Tengo mi puñal.

—Pero ¿correrás como yo?

Dió un salto y se puso fuera de alcance.

—¿Tú eres hijo de Mateo Falcone! ¿Me dejarás prender, pues, delante de tu casa?

El niño pareció conmoverse.

—¿Qué me darás si te escondo?—dijo acercándose.

El bandido registró en una bolsa de cuero que colgaba de su cinturón y sacó una pieza de cinco francos que había reservado, sin duda, para comprar pólvora. Fortunato sonrió, á la vista de la moneda de plata, la cogió y dijo á Gianetto:

—No temas nada.

Al punto hizo un grande agujero en un montón de heno colocado cerca de la casa. Gianetto

(1) Los cabos fueron en otro tiempo los jefes que se dieron los comunes corsos cuando se insurreccionaron contra los señores feudales. Hoy se da aún á veces este nombre al hombre que por sus propiedades, sus parentescos y su clientela, ejerce una influencia ó una especie de magistratura efectiva sobre una *pieve* ó cantón. Los corsos se dividen, por una antigua costumbre, en cinco castas: los *gentilhommes* (uno de los cuales son *magníficos* y otros señores), los cabos (*caporali*), los ciudadanos, los plebeyos y los extranjeros.

(1) Esta palabra es aquí el sinónimo de proscrito.

(2) Era un cuerpo creado hacía pocos años por el gobierno, y que servía concurrentemente con la gendarmería por el mantenimiento de la policía.

(3) El uniforme de los cazadores era, entonces, casaca parda con cuello amarillo.

(4) Cinturón de cuero que sirve de canana y cartera.

se agazapó allí dentro y el niño lo volvió á cubrir de manera que le quedase un poco de aire para respirar, sin que fuese posible, sin embargo, sospechar que aquel heno ocultase á un hombre. Ocurriósele, además una astucia de salvaje bastante ingeniosa. Fué á coger una gata y sus hijuelos y los puso encima del montón de heno de manera que se creyese que no se había removido de hacía poco. En seguida, notando huellas de sangre en el sendero cerca de la casa, las cubrió de polvo con cuidado, y hecho eso, se vol-

—Ya vendrá eso. Pero, dime: ¿no has visto pasar á un hombre?

—¿Si he visto pasar á un hombre?

—Un hombre con un gorro puntiagudo y una chaqueta bordada de rojo y amarillo?

—¿Un hombre vestido con un gorro puntiagudo y una chaqueta bordada de rojo y amarillo?

—Sí: responde pronto y no repitas mis preguntas.

—Esta mañana ha pasado el señor cura por delante de casa, sobre su caballo Piero. Me ha



vió á tender al sol con la mayor tranquilidad del mundo.

Algunos minutos después, seis hombres con uniforme pardo y cuello amarillo, mandados por un ayudante, se encontraban ante la puerta de Mateo. El ayudante era algo pariente de Falcone (sábese que en Córcega se siguen los grados de parentesco mucho más lejos que en otras partes). Llamábase Teodoro Gamba: era un hombre activo, muy temido de los bandidos, á muchos de los cuales había acosado sin descanso.

—Buenos días, primito,—dijo á Fortunato, acercándose.—¡Cómo has crecido! ¿Has visto pasar á un hombre ahora mismo?

—¡Oh! No soy todavía tan grande como vos, primo,—respondió el niño con aire de bobo.

preguntado cómo estaba papá, y le he respondido...

—¡Ah, bribonzuelo! ¡Te burlas de mí! Dime pronto por donde ha pasado Gianetto, porque á él buscamos, y estoy cierto de que ha tomado por este sendero.

—¡Quién sabe!

—¿Quién sabe? Yo, que sé que lo has visto.

—¿Se ve quién pasa, cuando uno está dormido?

—Tú no dormías, tunante: los tiros te han despertado.

—¿Creéis, primo, que vuestros fusiles metan tanto ruido? La escopeta de mi padre mete más.

—El diablo te confunda, maldito bicho! Segu-

ro estoy de que has visto al Gianetto y aun quizá le has ocultado. ¡Ea, camaradas! Entrad en esta casa y ved si está nuestro hombre. Sólo andaba con una pata y el bellaco tiene demasiado buen sentido para ganar el maquis renqueando. Aparte de eso, las huellas de sangre se detienen aquí.

—¿Y qué dirá papá?—preguntó Fortunato burlándose.—¿Qué dirá papá si sabe que han entrado en casa mientras él estaba fuera?

—¡Bribón!—dijo el ayudante cogiéndole por una oreja.—¿Sabes que si me da la gana te haré cantar de otra manera? Puede que largándote veinte sablazos de plano hablarás, en fin.

Fortunato se mofaba siempre.

—Mi padre es Mateo Falcone!—dijo con énfasis.

—Sabe, tunantuelo, que te puedo llevar conmigo á Corte ó á Bastia. Te haré meter en un calabozo, sobre la paja, con grillos en los pies, y te haré guillotinar si no dices dónde está Gianetto Sanpiero.

El niño se echó á reír á carcajadas ante aquella ridícula amenaza. Repitió:

—Mi padre es Mateo Falcone.

—Ayudante,—dijo por lo bajo uno de los cazadores,—no nos enredemos con Mateo.

Gamba parecía evidentemente embarazado. Hablaba en voz baja con los soldados, que habían registrado ya toda la casa. No era operación muy larga, porque la cabaña de un corso no consiste sino en una sola pieza cuadrada. El ajuar se componía de una mesa, bancos, cofres y utensilios de caza ó de mesaje. Entretanto, Fortunatillo acariciaba su gata y parecía gozar malignamente con la confusión de los cazadores y de su primo.

Un soldado se acercó al montón de heno. Vió la gata, y dió un bayonetazo en el heno con negligencia, encogiéndose de hombros, como si comprendiese que su precaución era ridícula. Nada se movió, y el rostro del niño no reveló la más ligera emoción.

El ayudante y su gente se daban al diablo. Ya miraban seriamente por la parte de la llanura, como dispuestos á volverse por donde habían venido, cuando su jefe, convencido de que las amenazas no producirían ninguna impresión en el hijo de Falcone, quiso hacer un postrer esfuerzo é intentar el poder de las caricias y de los regalos.

—Primito,—dijo,—me pareces un mozo muy avisado. Irás lejos. Pero no te portas bien conmigo, y si no temiese darle un disgusto á mi primo Mateo, ¡lléveme el diablo si no te trinca-ba y te hacía seguir conmigo!

—¡Bah!

—Pero cuando haya vuelto mi primo, le con-

taré el asunto, y en castigo de que hayas mentido te dará de latigazos hasta que te salte la sangre.

—¡Ya lo sabéis vos!

—Ya verás; pero, vamos... sé buen muchacho, y te daré algo.

—Primo, os daré un consejo, y es que si tardáis más tiempo, Gianetto estará ya en el maquis y entonces será menester más de un hurón como vos para ir á buscarle allí.

El ayudante se sacó del bolsillo un reloj de plata que valía bien sus diez escudos, y, notando que los ojos de Fortunatillo brillaban al mirarlo, le dijo teniendo el reloj suspendido al extremo de su cadena de acero:

—¡Picarillo! ¡Ya quisieras tú tener un reloj como éste colgado del cuello y pasearte por las calles de Porto Vecchio dandote tono como un pavo real, y las gentes te preguntarían:

«¿Qué hora es?»—y tú les dirías: «—Mirad mi reloj!»

—Cuando seré grande, mi tío el cabo me dará un reloj.

—Sí, pero el chico de tu tío tiene ya uno... aunque no tan hermoso como éste, á la verdad. Y, sin embargo, es más niño que tú.

El niño suspiró.

—¡Ea! ¿Quieres tú este reloj, primito?

Fortunato, mirando el reloj con el rabo del ojo, parecía un gato á quien se le presentase un pollo entero. Como comprende que se burlan de él, no se atreve á echarle la garra, y de vez en cuando aparta los ojos para no exponerse á sucumbir á la tentación, pero se lame los bigotes á cada momento y parece decirle á su dueño: «—¡Qué broma tan cruel me estáis haciendo!»

Sin embargo, el ayudante Gamba parecía ir de buena fe al presentar su reloj. Fortunato no alargó la mano, pero le dijo con sonrisa amarga:

—¿Por qué os burláis de mí?

—¡Por Dios! No me burlo. Dime dónde está Gianetto, y este reloj es tuyo.

Fortunato dejó escapar una sonrisa de incredulidad, y, fijando sus ojos negros en los del ayudante, esforzándose en leer en ellos la fe que debía tener en sus palabras.

—¡Pierda yo mi charretera,—exclamó el ayudante,—si no te doy yo el reloj con esta condición! Ahí están por testigos los camaradas: no puedo desdecirme.

Al hablar así, acercaba siempre el reloj, tanto, que tocaba casi la mejilla pálida del niño. Este demostraba bien en su rostro el combate que se daban en su alma la codicia y el respeto debido á la hospitalidad. Su pecho desnudo se levantaba con fuerza, y parecía próximo á ahogarse. Entretanto, el reloj oscilaba, volvía, y á veces le daba en la punta de la nariz. Por fin,

poco á poco, su mano derecha se elevó hacia el reloj; tocáronle las puntas de sus dedos, y pesaba todo entero en su mano, cuando el ayudante aflojó el extremo de la cadena. El cuadrante era azulado; la caja, recién bruñida... al sol, parecía de fuego. La tentación era demasiado fuerte.

Fortunato levantó también la mano izquierda é indicó con el pulgar, por encima del hombro, el montón de heno que tenía á sus espaldas. El ayudante lo comprendió al momento. Fortunato se sintió único poseedor del reloj. Levantóse con la agilidad de un gamo, y se alejó diez pasos del montón de heno, que los cazadores se pusieron á derribar al momento.

No se tardó en ver agitarse el heno, y un hombre ensangrentado, puñal en mano, salió de él; pero al tratar de levantarse derecho, su herida enfriada no le permitió tenerse en pie. Cayóse. El ayudante se arrojó sobre él y le quitó el puñal. Al momento le agarrotaron fuertemente, á pesar de su resistencia.

Gianetto, echado á tierra y atado como un haz de leña, volvió la cabeza hacia Fortunato, que se había acercado.

—¡Hijo de...! —dijo con más desprecio que cólera.

El niño le echó la moneda de plata que había recibido de él, sintiendo que había dejado de merecerla; pero el proscrito no pareció hacer atención á aquel movimiento. Dijo con mucha sangre fría al ayudante:

—Mi querido Gamba, no puedo andar: vais á veros obligado á llevarme al pueblo.

—Ahora mismo corías más que un corzo,—repuso el cruel vencedor; pero tranquilízate: estoy tan contento con tenerte que te llevaría una legua áuestas sin sentirme fatigado. Por lo demás, camarada, vamos á hacerte un bayarte con ramas y tu capote; y en la masía de Crespoli encontraremos caballos.

—Bueno,—dijo el prisionero.—Poned también un poco de paja en el bayarte para que esté con más comodidad.

Mientras los cazadores se ocupaban unos en hacer una especie de camilla con ramas de castaño y otros en curar la herida de Gianetto, Mateo Falcone y su mujer aparecían de pronto en la revuelta de un sendero que conducía al maquis. La mujer se adelantaba penosamente

encorvada bajo el peso enorme de un saco de castañas, mientras su marido se daba tono no llevando sino una escopeta en la mano y otra en bandolera; porque es indigno de un hombre llevar otro fardo que sus armas.

A la vista de los soldados, el poimer pensamiento de Mateo fué que iban á prenderle. Pero ¿por qué tal idea? ¿Tenía Maieo alguna diferen-



cia con la justicia? No. Gozaba de buena reputación.

Era, como dicen, *un particular de buena fama*, pero era corso y montañés, y hay pocos corsos montañeses que, escrutando bien su memoria, no encuentren algún pecadillo, alguno que otro tiro, tal cual puñalada y otras bagatelas. Mateo, más que otro alguno, tenía la conciencia limpia, porque hacía más de diez años que no se había dirigido su escopeta contra un hombre; pero, sin embargo, era prudente y se puso en el caso de hacer una bella defensa si era menester.

—Mujer,—dijo á Giuseppa,—deja el saco en tierra y está pronta.

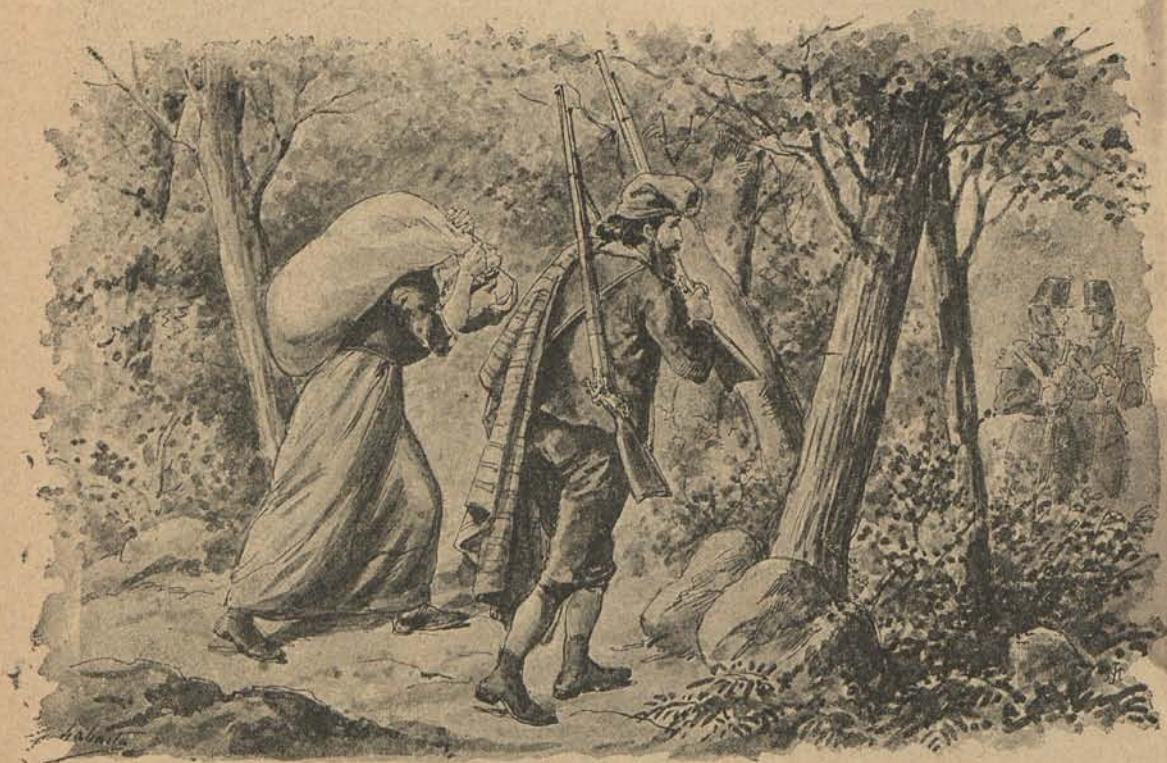
La mujer obedeció al momento. El le dió la escopeta que llevaba en bandolera y que hubiera podido estorbarle. Cargó la que llevaba en la mano y se adelantó lentamente hacia su casa, costeando los árboles que orillaban el camino, y pronto, á la menor demostración hostil, á arrojarle detrás del tronco más gordo, desde donde hubiera podido hacer fuego á cubierto. Su mujer iba detrás, llevándole la escopeta de recambio y la canana. El empleo de una buena

que le separaba de Mateo le pareció terriblemente largo.

—¡Hola, camarada!—gritó.—¿Cómo va esa salud, valiente? Soy yo, Gamba, tn primo.

Mateo, sin responder palabra, se había detenido, y á medida que el otro hablaba levantaba suavemente el cañón de su escopeta, de manera que estaba dirigido hacia el cielo en el momento que el ayudante se reunió con él.

—Buenos días, hermano (1),—dijo el ayudante alargándole la mano con vivo deseo, como pretendiendo alejar las sospechas de Mateo;—



ama en caso de combate es cargar las armas de su marido.

Por su parte, el ayudante no las tenía todas consigo al ver adelantarse de aquella manera á Mateo, á pasos contados, con la escopeta hacia adelante y el dedo en el gatillo.

—Si por ventura,—pensó,—Mateo resultase ser pariente de Gianetto, ó fuese amigo suyo y quisiese defenderle, los tacos de sus dos escopetas llegarían á dos de entre nosotros tan de seguro como una carta al correo. Y si me apuntese, á pesar del parentesco...

En esta perplejidad, tomó un partido muy decidido y fué el de adelantarse solo hacia Mateo para referirle el asunto, tratándole como á un antiguo conocido; pero el corto intervalo

mucho tiempo hace que yo no te había visto.

—Buenos días, hermano.

—Había venido para darte los buenos días pasando por ahí, y á mi prima Pepa. Hemos andado hoy mucho trecho, pero no hay por qué compadecernos de nuestra fatiga, porque hemos hecho una famosa captura. Acabamos de trin-car á Gianetto Sanpiero.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó Giuseppa.—La otra semana nos robó una cabra lechera.

Estas palabras llenaron de regocijo á Gamba.

—¡Pobre diablo!—dijo Mateo.—Tenía hambre.

(Se concluirá).

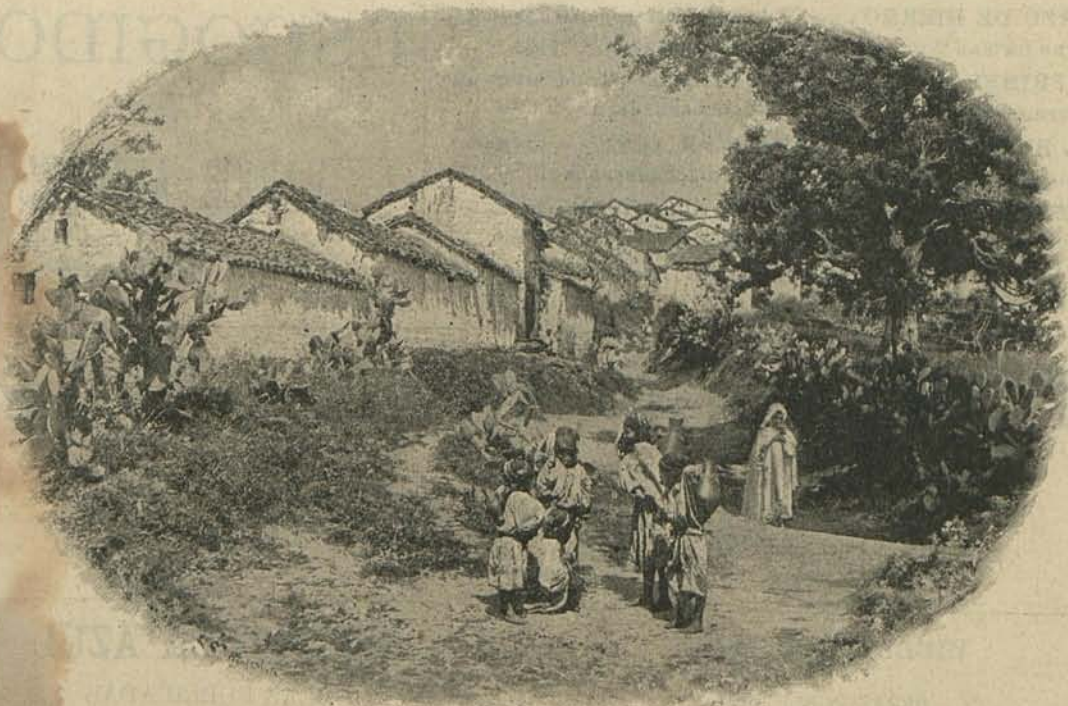
(1) *Buon giorno, fratello* saludo ordinario de los corsos

Un arquitecto va á ver á un individuo y sólo encuentra al hijo de éste, que es tan tonto como ignorante.

—Mientras espera al padre, aquél enseña al joven, unos planos y le dice:

—¡Hija mía! ¡Qué disparate! ¡Si no tiene un cuarto!

—¡Es verdad, pero en cambio, me ha dicho que no tiene inconveniente en que vengamos todos los días, á comer y á cenar contigo!



ALDEA DE UNA KÁBILA BEREBER, EN ARGELIA

—Son los de la casa que me ha encargado construir su papá de usted.

—¿A ver?

—Mire usted; esta es la fachada anterior; esta, la posterior... Aquí está la sala principal...

Y así le fué descubriendo el resto de la casa.

El joven se quedó pensativo, y de pronto, preguntó:

—¡Me parece que falta algo!

—¿Qué falta?

—Las hipotecas!

—¿Cómo!

—¡Es claro! Papá ha dicho mil veces, que, todas sus casas, tenían, por lo menos, dos ó tres hipotecas... ¡y aquí no veo ninguna!

Emilia dice cariñosamente á su papá:

—¿Me quieres mucho?

—¡Mucho!

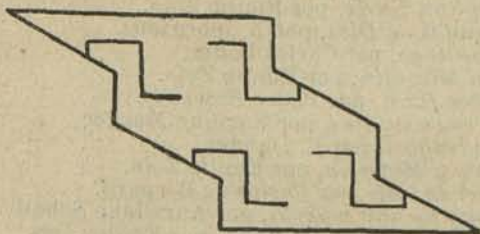
—¿Y sentirías que no separásemos?

—¡Ya lo creo!

—Entonces... ¡deja que me case con mi primo Antonio!

EL CUADRADO Y LA CRUZ

PROBLEMA



Dividir esta figura en cuatro fragmentos iguales de forma y unirlos de otro modo, que formando un cuadrado perfecto, quede en el centro una cruz dibujada.

NOVEJARQUE

La solución en el próximo número.

Redacción y Administración: Plaza de Tetuán, 26

Correspondencia: Apartado de Correos, 88

OBRAS ILUSTRADAS Y DE GRAN LUJO RAMÓN MOLINAS, EDITOR

HISTORIA DE LA EUROPA MODERNA, por Alfredo Opisso.—Dos tomos en tela, 15 ptas.

BRAZO DE HIERRO, por Eduardo Blasco.—80 cuadernos que forman 2 tomos, 5 ptas. Encuadernada, 19 ptas.

EL PRIMER AMOR, por Alvaro Carrillo.—33 cuadernos que forman 2 tomos, 16'50 ptas. Encuadernada, 19'50 ptas.

GIL BLAS DE SANTILLANA, por M. Le Sage.—15 cuadernos que forman 1 tomo, 7'50 ptas. Encuadernada, 10'50 ptas.

AMAR Y MORIR, por Alvaro Carrillo.—25 cuadernos que forman 2 tomos, 12'50 ptas. Encuadernada, 15'50 ptas.

LA REVOLUCIÓN FRANCESA, por Alfredo Opisso.—Un tomo en tela, 7'50 ptas.

CUENTOS ESCOGIDOS

POR

VARIOS AUTORES

Ilustrados con magníficos grabados.—Un tomo en tela, 5 ptas.

POR TODO MARRUECOS

POR

JULIÁN ÁLVAREZ DE SESTRÍ

Un tomo en tela, 7'50 ptas.

BIBLIOTECA ROSA

OBRAS PUBLICADAS

- La comedianta*, por Paul de Molènes.
Drama de amor, por F. Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero Merimee.
Pecados de la juventud, por V. Perceval.
Un drama sangriento (2 tomos), por L. Jacolliot.
La justiciera de sí misma, por Carlos Barbará.
Teresita (ilustrada), por Julio Ruiz Montero.
El capitán Burle, por Emilio Zola.
Las sendas de Dios, por B. Björnson.
El monstruo, por Carlos Bodin.
Naida Micoulin, por Emilio Zola.
El sillón fatal, por Pedro Newsky.
Un crimen infame, por Enrique Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.
La piel de león, por Carlos de Bernard.
El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.
La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.
El fin de Lucía Pellegrin, por Paul Alexis.
Santiago Damour, por Emilio Zola.
La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.
El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle Adam.
Sin trabajo, por Emilio Zola.
Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molènes.
El maestro de escuela, por Federico Soulié.
La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.
La venganza de Koshiah, por Reinaldo Trevelyan.
Diario de una mujer, por Octavio Feuillet.
Un sueño de amor, por Federico Soulié.
La mujer de cuarenta años, por Carlos Bernard.
La joven de los ojos de oro, por H. de Balzac.
La herencia de un cómico, por Ponson du Terrail.

BIBLIOTECA AZUL

OBRAS PUBLICADAS

- El tesoro del pirata*, por Roberto Luis Stevenson, con preciosos grabados.
El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.
Magdalena la Mendiga, por Luis Jacolliot.
Bajo un disfraz, por Jorge Smith.
El crimen del Molino de Usor, por Luis Jacolliot.
Orso, por Enrique Syenkiewicz.
El Hijo Maldito, por H. de Balzac.
Las lágrimas de Juana, por Arsenio Houssaye.
La necesidad del crimen, por Julio Perrin.
Una orgía de sangre, por A. Vigny.
Los caballeros de la Cruz, por Enrique Syenkiewicz.
El secreto terrible, por Adolfo Belot.
Solos, por Pedro Zaccane.
La Salamandra, por Eugenio Sué.
El crimen de Juan Malory, por Ernesto Daudet.
La reina Mab, por Guillermo Holiday.
El novio de la señorita Saint-Maur, por Victor Cherbuliez.
La aventura de Ladislao Bolski, por Victor Cherbuliez.
Honor de artista, por Octavio Feuillet.
Los dos cadáveres, por Federico Soulié.
La cabeza de la bruja, por Guillermo Holiday.
La confesión de Claudio, por Emilio Zola.
Un crimen tenebroso, por Honorato de Balzac.